

fiarse de la evidencia; y por fin, el testimonio de todos los hombres, quienes disputan sobre la evidencia de tal ó cual cosa, pero nunca dudan de que se deba asentir á lo evidente.

189. El sentido comun, ó sea la inclinacion á dar asenso á algunas verdades, aunque no las conozcamos por el testimonio de la conciencia ni de la evidencia, es otro fundamento de certeza.

Esta proposicion, puedo fiarme del testimonio de mi conciencia y de la evidencia, no pertenece á las verdades de conciencia ni evidencia (183 y 186); y sin embargo ¿quién duda de ella?

Obrando siempre al acaso no me saldrá todo como yo quiero; esta no es verdad de conciencia ni de evidencia, y no obstante nadie la pone en duda.

La legitimidad de este criterio nos la persuade: la naturaleza que nos le impone; la razon que nos muestra su necesidad, siquiera para estar seguros de que nuestras facultades no son falaces en cuanto á los objetos que les pertenecen; y por fin el testimonio del género humano, que descansa tranquilamente sobre el sentido comun.

190. El testimonio de los sentidos es criterio de verdad, en cuanto nos cerciora de la existencia de un mundo externo, extenso, y de las relaciones que sus partes tienen entre si y con nuestros órganos.

La conciencia nos asegura de la presencia de esos fenómenos que llamamos sensaciones; y la naturaleza nos obliga á creer que á estos fenómenos corresponden objetos externos. Aquí, pues, se combinan la conciencia y el sentido comun. La razon viene en auxilio de estos criterios probando la objetividad de las sensaciones. (V. la *Estética*, desde el cap. VIII hasta el XII.) Y por fin, confirma esta verdad el testimonio del género humano, que la cree sin necesidad de demostracion ni de reflexiones.

191. Como Dios por ser infinitamente sabio no puede engañarse; y por ser infinitamente santo no puede engañarnos, su palabra es infalible criterio de verdad.

192. La autoridad humana cuando reúne las debidas condiciones, es criterio de verdad.

Tenemos natural inclinacion á creer á los demás hombres;

esto se echa de ver en los niños y en la gente sencilla, en quienes la naturaleza obra con toda espontaneidad. La razon viene en apoyo de este juicio instintivo. Claro es que no se pretende establecer la infalibilidad del testimonio de los hombres; por desgracia los engaños, ya por ignorancia, ya por malicia, son demasiado frecuentes; solo se afirma que es un criterio seguro en ciertos casos, y mas ó menos probable en muchos otros.

Para los que no han visto Paris, la existencia de esta ciudad es tan cierta como si la hubiesen visto; y sin embargo su certeza la apoyan únicamente en la autoridad humana, pues que no la tienen ni por los sentidos, ni por la conciencia, ni por la evidencia, ni por el sentido comun. Pero este asenso instintivo es sumamente racional; vamos á demostrarlo.

Una multitud de testigos de todas edades, sexos, condiciones y naciones, afirman constantemente que existe Paris. La constancia y universalidad de semejante afirmacion solo puede dimanar de la existencia real de Paris, la que se ha presentado á los sentidos de los testigos. Si así no fuese, seria preciso suponer, ó que se han engañado, ó que nos han querido engañar; ambas cosas son imposibles. No se han engañado, porque no se trata de un objeto que pueda dar lugar á equivocaciones, sino de una gran ciudad; y por otra parte no pudieran engañarse todos, á no suponer trastornados los sentidos á cuantos van y vienen en la direccion donde se dice estar situada aquella capital. No han querido engañarnos, porque la unanimidad en el engaño dependeria ó de convenio ó de casualidad: no puede dimanar de convenio, pues que este es imposible, en tanta muchedumbre y variedad de testigos, tiempos y circunstancias; tampoco puede proceder de casualidad, pues el que tantos hombres sin convenirse hubiesen tenido la misma ocurrencia, la misma voluntad, la misma manera de engañar, seria no menos extraño que el que todos ellos, sin convenirse, hubiesen abierto un libro en una misma página. Esta es una de aquellas casualidades absurdas rechazadas por el sentido comun. (V. la *Lógica*, lib. III, cap. I, sec. III.)

Fácil seria aplicar esta demostracion á los demás casos donde la autoridad humana se tiene por absolutamente segura: y así podemos afirmar que este es un criterio de verdad en que

se combinan los demás; el de los sentidos con que oímos ó leemos la narración; el de sentido común con que nos inclinamos á creer; y por fin, el de la evidencia, que en caso necesario acude á demostrar con raciocinio la imposibilidad del engaño.

193. Cada criterio se basta á sí mismo en los objetos respectivos, en cuanto se trata únicamente de cerciorarnos: y todos se enlazan entre sí fortaleciéndose reciprocamente; esta es la mejor prueba de su legitimidad. A pesar de que pertenecen á órdenes tan diversos, sufren el uno el exámen del otro. La razón no puede probarlo todo, es verdad; pero puede acercar su luz á todos los criterios en que descansa el espíritu humano, y en todos encuentra, no solo la acción de la naturaleza que impulsa irresistiblemente, sino las leyes racionales aplicadas de la manera que corresponde. En todos reconoce la necesidad de admitirlos como legítimos, so pena de caer ella en el absurdo de negarse á sí propia, de suicidarse.

194. Quitad la conciencia, y el ser sensitivo ó inteligente no se encuentra á sí mismo. Quitad la evidencia, y la razón no puede dar un paso. Quitad el sentido común, y nos faltan muchas verdades que no podemos demostrar, ó que necesitamos antes de toda reflexión; y además no estaremos seguros de que debamos asentir á lo evidente, ni de que sea veraz en su testimonio ninguna de nuestras facultades. Quitad el testimonio de los sentidos, y el mundo corpóreo se convierte en una ilusión. Quitad la autoridad humana, y desde el momento en que el hombre no crea al hombre, la sociedad y la familia se disuelven, se hacen imposibles.

195. Hay pues en los fundamentos de la certeza una trabazón firmísima, una armonía admirable; no se contradicen, se fortalecen reciprocamente. La certeza es un hecho precioso que la bondad del Criador ha comunicado á los hombres; no ha querido que para poseer ese patrimonio necesitaran de la filosofía. Al examinar los fundamentos de la certeza se ofrecen á primera vista algunas sombras; pero procediendo sin espíritu de sistema, con sincero amor de la verdad, lejos de hallar aquí un escollo se descubre una obra admirable que atestigua la bondad y sabiduría del Autor de todas las cosas. (V. *Filosofía fundamental*, lib.

## CAPÍTULO XV.

## LA CIENCIA, SU EXISTENCIA, NATURALEZA Y LÍMITES.

196. Tenemos, pues, que hay certeza de algunas verdades: el entendimiento humano puede examinarlas, analizarlas, compararlas, desenvolverlas, y así descubrir otras que están contenidas en ellas. Este desarrollo de las verdades primeras, producido por la actividad intelectual, es la ciencia, á la que definiremos: un conocimiento cierto y evidente de un conjunto de verdades secundarias enlazadas con las primeras.

197. El raciocinio con que se llega á esta manifestación, con que se desenvuelve lo primario para que aparezca lo secundario, se apellida demostración, que definiremos: un discurso que saca de las verdades primeras otras evidentemente enlazadas con ellas.

Esta es el solo raciocinio que merece en rigor el nombre de demostración; el único que engendra ciencia; los demás se llaman probables, y sus resultados son las opiniones.

198. La demostración se divide en varias clases. Simple es la que emplea un solo silogismo; compuesta, la que necesita más de uno; directa, la que se funda en la misma naturaleza de las cosas; indirecta, la que manifiesta el absurdo que se seguiría si lo que se afirma no fuese verdad, por eso se la llama *ad absurdum*; *a priori*, la que llega al objeto, partiendo de su causa ú origen; *a posteriori*, la que prueba la causa por el efecto, ó el origen por lo que de él dimana; apodíctica; la que se apoya en la intrínseca relación de las ideas; no apodíctica, la que necesita salir de este círculo.

199. Toda demostración necesita de principios en que se funde; según sean estos será la ciencia que engendre.

Estos principios que no estriban en otros se llaman en general axiomas. En tratándose de cosas relativas á las acciones toman á veces el nombre de máximas. Si el principio es un supuesto evidentemente posible, se denomina postulado, como si se pide que se tire una recta de un punto á otro.

200. Los principios puramente ideales (cap. XIII) precinden

de toda experiencia; y así las demostraciones que en ellos estriben solo deben subordinarse á las condiciones ideales. Tales son los matemáticos y los ontológicos.

201. Ya hemos visto (*ibid.*) que estos principios por sí solo conducen únicamente á la ciencia ideal; y por tanto, si se quiere llegar á la que tiene por objeto la realidad, es necesaria la experiencia, externa ó interna. Así pues, las demostraciones cuyo objeto sea la manifestación de una verdad real, deben contener en sus premisas la afirmación de un hecho.

202. De aquí resulta una diferencia notabilísima entre las ciencias ideales y las reales. Aquellas poseen una certeza absoluta, estas una certeza condicional; aquellas nos ofrecen una serie de verdades evidentes, sin ningún peligro de error; estas nos presentan á cada paso oscuridad y dificultades.

203. Se suele preguntar: ¿porqué les matemáticas se distinguen por su certeza y evidencia? la razón se halla en lo que acabo de decir. Las matemáticas son ciencias puramente ideales; se ocupan de las relaciones de la cantidad prescindiendo de toda experiencia; tienen por base nuestras ideas mismas; y solo exigen que sigamos con atención el hilo que las enlaza. Al dar una definición ponemos en ella lo que hay en nuestra idea; y al desenvolver lo definido sacamos de la definición lo que nosotros mismos hemos puesto. Lo propio que en las matemáticas, sucede en la ontología; y si en aquellas hallamos mayor claridad, es porque versan sobre objetos más próximos á la esfera sensible, y no nos obligan á concentrarnos tanto en la región del entendimiento puro.

204. Las ciencias que tienen por objeto la realidad, ya sea interna, como la psicología, ya la externa como la cosmología y todas las naturales, luchan con dos obstáculos de que las ideales están exentas: 1º. La dificultad de cerciorarse bien de los hechos experimentales en que han de estribar; 2º. La de aplicar con acierto los principios ideales á los hechos observados. Y hé aquí la razón de la oscuridad que las rodea y de la variedad de opiniones que en ellas se encuentran, á diferencia de las matemáticas.

203. Esta doctrina hace comprender más á fondo los conceptos de la lógica y la razón de los mismos (V. la *Lógica*, 20-

ciones preliminares, cap. II). No todas las ciencias deben tratarse con un mismo método: los que exigen para todo demostraciones parecidas á las matemáticas, manifiestan no tener conocimiento de la diferencia fundamental que acabo de señalar; pierden de vista las verdades reales, y solo se acuerdan de las ideales. En semejante defecto incurren los que pretenden explicar la naturaleza física, el corazón humano, las leyes de la sociedad por meras teorías: se atienen á un orden ideal, y olvidan que se trata del real; que se busca, no lo que hay en nuestro entendimiento, sino en las cosas mismas. Las verdades puramente ideales bastan para las ciencias puramente ideales; pero en tratándose de la realidad es preciso combinar las ideas con la observación de los hechos: solo de esta combinación puede brotar la luz, para guiarnos al conocimiento de las verdades reales, para enlazarlas, para sujetarlas á leyes generales, y formar de ellas un verdadero cuerpo de ciencia.

206. La enunciación de lo que se busca se llama cuestión; la que se apellida problema, si se trata de hacer alguna cosa. Al ofrecerse pues un problema ó una cuestión, lo primero que se debe hacer es examinar á qué orden pertenece, si al ideal ó al real ó al mixto. Con este método se evitan muchos errores, y no se pierde tiempo en consideraciones inconducentes. La cuestión es ideal; atenerse pues á la relación de las ideas puras; es real, buscar hechos; es mixta, combinar lo ideal con lo real en la debida proporción.

Se busca cuál es el mejor gobierno para una sociedad; y se discute largamente en la región de los principios olvidando los hechos; errado método: al tratar de la práctica, es preciso atenerse á la experiencia. Se quieren conocer las leyes del mundo físico, y se discurre por teorías sin cuidar de la observación; errado método: tratando de una realidad no se ha de buscar lo que se piensa, sino lo que es. Se desea fijar las leyes del movimiento de los astros y se atiende solo al cálculo; errado método: es preciso saber hasta qué punto las leyes matemáticas ó del orden ideal, son modificadas por las condiciones de la materia á que se aplican. ¿Hay habitantes en los astros? ¿de qué especie son? Esta es cuestión real. ¿Hay medios de observar los hechos? no; pues se pierde el tiempo que se invierte en el exámen, á no ser que nos propongamos di

vertirnos con ingeniosas conjeturas. ¿Cuánto tiempo durará el mundo? Esta es cuestión real: ¿tenemos algún medio para conocer esta realidad? no; pues no nos acaloremos disputando ni nos cansemos en el exámen.

Este es el secreto para adquirir sagacidad en la investigación, para fijar de un golpe las cuestiones, para discernir entre lo asequible, y lo asequible, para dar solidez al discurso y aplomo al juicio.

207. En nuestro espíritu hay dos ideas fundamentales: la de extensión y la de ser; la primera con sus modificaciones es la base de la geometría, y el elemento necesario de las ciencias naturales; la segunda da origen al principio de contradicción; por consiguiente es indispensable para que la idea de extensión pueda ser objeto de ciencia, y además engendra todos los conocimientos ontológicos, y se difunde por todos los ramos científicos.

208. Las ideas intuitivas que poseemos son las siguientes: 1.<sup>a</sup> La de la extensión de los cuerpos, ó sea la sensibilidad pasiva. 2.<sup>a</sup> La de las afecciones sensitivas; pues que las experimentamos en nuestra conciencia. 3.<sup>a</sup> La de los actos intelectuales puros, presentes en nuestro interior. 4.<sup>a</sup> Los actos de la voluntad racional, por la misma razón. (*Filosofía fundamental*, lib. IV, cap. XXII.)

Hé aquí enumerados los elementos de nuestra ciencia; este es el campo que podemos recorrer. No perdamos de vista sus límites.

## CAPÍTULO XVI.

### RELACION DE LAS IDEAS CON EL LENGUAJE.

209. La actividad intelectual de nuestro espíritu no se desarrolla sino bajo ciertas condiciones; á mas de la conveniente disposición de los órganos, necesita de otras que podrían llamarse sociales. Nadie niega cuánto debe el hombre á la educación ó instrucción; ni la ignorancia y envilecimiento que acompaña á la falta de ellas. Compárese á los Europeos de educación esmerada, y versados en las artes y ciencias, con

las hordas de los salvajes; la diferencia es inmensa; ¿y de dónde resulta? de que las facultades intelectuales y morales de los primeros se han desarrollado con la educación y la instrucción; mientras las de los segundos han permanecido adormecidas en una vida de embrutecimiento. No es posible explicar semejante diferencia por razones de clima ni variedad de razas; los Bretones, los Galos y Germanos del tiempo de César, no se parecen por cierto á los modernos Ingleses, Franceses y Alemanes; y sin embargo el clima es el mismo y la raza también. Sin ir tan lejos encontramos lo mismo en la experiencia de cada día; ¿qué diferencia no vemos entre un hombre falto de instrucción y educación y otro que las tenga escogidas?

210. Estos hechos han dado origen á una cuestión filosófica: ¿hasta qué punto necesita de la comunicación con otros el espíritu humano para el desarrollo de sus facultades intelectuales y morales? ¿Qué puede la razón de un hombre abandonado á sí solo, privado enteramente del trato con sus semejantes? Esta es una cuestión curiosa y profunda en sí misma, y además sobremanera importante por sus relaciones con la historia del desarrollo del género humano.

211. Fácil es amontonar conjeturas apoyándolas con razones especiosas; pero en tratándose de hechos es preciso consultar la experiencia. Verdad es que aquí ventilamos una cuestión, no histórica, sino filosófica, y que buscamos, no lo que ha sucedido sino lo que puede suceder; mas tampoco cabe duda en que estas cuestiones se hallan íntimamente ligadas, pues si la experiencia nos enseñase que el desarrollo del espíritu humano se ha verificado *siempre* bajo cierta condición, y no se ha verificado *nunca* cuando esta ha faltado, tendríamos un vehemente indicio de que esta condición es necesaria para el desarrollo. Vamos pues á los hechos.

212. Cuenta Herodoto (lib. II) que el rey de Egipto Psamético, deseoso de averiguar cuál era la nación mas antigua, se propuso descubrirlo buscando cuál era la lengua primitiva; con cuyo objeto tomó dos niños recién nacidos y los entregó á un pastor para que los criara en absoluta soledad, sin permitir que nadie pronunciara delante de ellos palabra alguna. Transcurridos dos años, al abrir un día el pastor la puerta de la choza

donde los tenia encerrados, se precipitaron sobre él los niños alargándole los brazos y pronunciando la palabra *becos*. Esta es la única que les oyó el pastor durante algun tiempo, hasta que resolvió dar cuenta al rey del resultado de su comision. Sea lo que fuere de la verdad de esta curiosa historia, es de notar que la palabra *becos* no debia de ser otra cosa que la alterada repeticion del balido de las cabras, con las cuales estaban en incesante comunicacion; pues que se alimentaban de su leche. Como quiera, el hecho verdadero ó fingido no es favorable al desarrollo de la humana inteligencia entregada á si sola.

215. Otro hecho semejante encontramos en la historia de la sociedad de Jesus (part. v, lib. xviii). Ackebur, emperador del Mogol, queriendo descubrir cuál era la religion natural, hizo criar treinta niños en completa incomunicacion con los demás hombres, cuidando de que no oyesen jamás pronunciar ninguna palabra. A la vuelta de algunos años mandó el emperador traer á su presencia á los treinta alumnos, y se encontró con treinta mudos, que por su embrutecimiento se parecian á las bestias.

214. En Europa y América se ha visto un fenómeno semejante en los niños que, ó por abandono de sus padres ó por otra causa, se habían criado solos en los bosques: en todos los casos de esta especie se ha notado que los niños no hablaban, y estaban sumidos en la mas deplorable estupidez.

213. Resulta de estos hechos que el hombre, para el desarrollo de sus facultades, necesita estar en comunicacion con sus semejantes; y que sin esto su inteligencia permanece adormecida.

216. Es de notar que no basta una comunicacion cualquiera, para que se desenvuelvan cumplidamente las facultades intelectuales; sino que es necesaria la comunicacion por la palabra, sin cuyo auxilio, ó no se adquieren cierta clase de ideas, ó se adquieren con imperfeccion y no sin mucha dificultad. Los sordo-mudos nos ofrecen en este punto hechos sumamente curiosos.

217. Léese en la historia de la Academia de las ciencias de París del año 1703, que un sordo-mudo de Chartres adquirió el oido á la edad de veinte y cuatro años, con lo cual pudo hablar al cabo de pocos meses. Curiosos algunos teólogos de

saber qué ideas se habia formado de Dios, del alma, de los preceptos de la ley natural y de otras cosas incorpóreas, le preguntaron cuidadosamente sobre estos puntos; resultando del exámen que jamás habia él pensado en dichos objetos. Tocante á las prácticas religiosas en que estaba enseñado por sus padres católicos, se observó que si tenia alguna idea intelectual y moral de lo que ejecutaba, debia de ser muy imperfecta; al parecer todo lo hacia sin conocimiento, y únicamente por el hábito de imitar á los demás. Están acordes con este hecho las declaraciones de varios maestros de sordo-mudos, quienes atestiguan que ántes de la enseñanza el sordo-mudo no conoce las verdades metafísicas.

218. Sin atribuir á estos hechos el carácter de una verdadera demostracion, preciso es convenir en que dejan fuera de duda la importancia de la comunicacion de un hombre con otro por medio de la palabra; y hacen muy probable que un individuo criado en completa soledad permaneceria constantemente en la estupidez.

219. Despues de los experimentos pasemos al análisis ideológico, y veamos qué facultades pueden desarrollarse sin el auxilio de la palabra.

220. Es evidente que los sentidos externos no necesitan de ella: el niño al nacer ya siente, y lo manifiesta con el llanto. En este punto el hombre no ha menester de la educacion: los órganos de los cinco sentidos empiezan á ejercer sus funciones desde que se encuentran en la debida relacion con sus objetos propios. Si alguna educacion es necesaria para rectificar las impresiones de los sentidos, nos la da la naturaleza.

221. Claro es que las sensaciones despertarian la imaginacion en un hombre reducido á la mas completa soledad. Recordaria el árbol con cuyo fruto se alimentó, el arroyo donde templó su sed, la cueva que le dió abrigo en la intemperie. Tendria pues memoria imaginativa. En cuanto á la inventiva, tampoco se le puede negar. Habiendo observado que una cueva de piedra le dió abrigo, podria imaginar el construir un techo de ramos de árboles; en lo que uniria dos representaciones: la de los ramos y la de la forma á propósito para guarecerse.

222. La dificultad está pues en las ideas que se elevan sobre el órden sensible, es decir, las metafísicas, como sustancia,

causa, necesidad, contingencia; y las morales, como bueno, malo, derecho, deber, lícito, ilícito.

223. Es de notar que la cuestion no versa sobre la perfeccion de estas ideas, sino sobre su existencia; nadie niega que en un salvaje solitario estas ideas, si las hubiese, serian oscuras, confusas, torpes, digámoslo así; pero ¿se puede afirmar que no existirían de ningun modo, ni aun con esa imperfeccion?

224. Como esta es una cuestion que no se puede resolver *a priori*, es necesario atender otra vez á la experiencia. Esta nos dice que los hombres criados en la soledad no hablan, y que se manifiestan en un estado de la mayor estupidez. El hecho es importante para consignar la imperfeccion de las ideas; pero no suficiente para negarlas del todo. Los salvajes eran interrogados y no podian responder, es cierto; ni aun con signos manifestaban que poseyesen las ideas metafísicas y morales, es verdad, pero adviértase que así como ignoraban el lenguaje oral, tampoco conocian el de los signos comunes; adviértase que sus ideas, á mas de estar muy poco desenvueltas, no se hallaban ligadas con ninguno de dichos signos; pues si algunos tuviesen serian especiales, hijos de la necesidad y de las circunstancias en que se hubiesen encontrado; adviértase por fin, que el salvaje traído de repente á la presencia de hombres civilizados debia de confundirse con la novedad, experimentando una fuerte perturbacion en el ejercicio de sus facultades. El no dar noticia de su estado interior cuando llegara al uso de la razon, tampoco probaria nada; porque es claro que esta razon, hallándose en un estado nuevo tan superior al primero y con tantos auxilios de que antes carecia, no podia sin dificultad ligar dos órdenes de ideas tan diferentes entre sí. Además, el dar cuenta de un estado intelectual en circunstancias especiales requiere atencion reflexiva; y precisamente la reflexion debió ser ó nula ó muy escasa en un salvaje solitario.

225. Las mismas observaciones pueden aplicarse á los sordomudos; y así no se deben admitir como enteramente ciertas las consecuencias arriba indicadas (217).

226. El argumento fundado en la imposibilidad de pensar sobre las cosas insensibles sin el auxilio de la palabra, tampoco es concluyente. No cabe duda en que nosotros mientras

pensamos, tenemos una locucion interior; pero no es tan cierto que no podamos pensar nada sin pensar en la palabra; antes la opinion contraria parece más probable. (V. *Filosofía fundamental*, lib. IV, cap. XXIX, y lib. X, cap. XVII.) Nadie disputa sobre la importancia de la palabra para auxiliar al pensamiento, ni tampoco sobre la dificultad de hacer un raciocinio algo extenso sin valerse interiormente de este auxilio; pero aquí no se trata de esto, sino de la posibilidad de existir algunas ideas metafísicas y morales en un estado imperfecto sin la compañía de la palabra. Esta diferencia fija la cuestion, y señala los límites del alcance de los argumentos. ¿Qué se intenta probar? ¿la importancia de la palabra para el pensamiento; y su necesidad para hacer largos raciocinios? el argumento concluye ¿Se quiere inferir que sin la palabra no pueden existir las ideas metafísicas y morales, ni aun en estado muy imperfecto? la consecuencia no es legítima.

## CAPÍTULO XVII.

### CONSECUENCIAS IMPORTANTES BAJO EL ASPECTO RELIGIOSO Y MORAL.

227. La sobriedad en la resolucion de las cuestiones relativas al desarrollo de nuestras facultades intelectuales y morales, no impide el que podamos sacar de la discusion precedente algunas consecuencias de mucha importancia; siendo curioso observar cómo los estudios ideológicos se ligan con los sociales y morales.

228. En primer lugar resulta demostrado que el hombre ha nacido para vivir en sociedad. Abandonado á sí mismo, sus facultades más nobles no se desenvuelven, ó permanecen completamente adormecidas; ó si tienen algun ejercicio, es tan escaso que no nos deja percibir su existencia. ¿Qué serán las ideas intelectuales y morales de esos hombres, cuya estupidez es tal, que inspiran vehementes dudas de si las tienen? Así, para el resultado que aquí nos proponemos, es indiferente el que se diga que estas ideas existen ó no en el salvaje solitario; basta consignar el hecho cierto de que la imperfeccion de ellas

es tan lastimosa que quien las posee apenas se distingue de los brutos. Es evidente que el hombre no ha sido criado para un estado en que sus facultades más nobles no pueden desplegarse, en que deja, por decirlo así, de ser hombre; luego la ciencia ideológica por sí sola basta á demostrar que el estado natural al hombre es la sociedad, y para confundir á los utopistas que han pretendido lo contrario.

229. Otra consecuencia importante resulta de esta doctrina, y es que el lenguaje no puede haber sido invencion humana. Si para el desarrollo de las facultades intelectuales y morales es necesaria la palabra, los hombres sin lenguaje no pudieron concebir y ejecutar uno de los inventos más admirables: y en este sentido dijo con verdad y agudeza un autor nada sospechoso á los incrédulos, Rousseau: « Me parece que ha sido necesaria la palabra para inventar la palabra. »

230. Están acordes todos los filósofos en que el lenguaje es un medio de comunicacion tan asombroso, que su invencion honraria al ingenio más eminente; ¿ y se quiere que sea debido á hombres que se levantarían muy poco sobre el nivel de los brutos? ¿ Qué pensaríamos de quien dijese que la aplicacion del álgebra á la geometría, el cálculo infinitesimal, el sistema de Copérnico, el de la atraccion universal, las máquinas de vapor y otras cosas semejantes, son debidas á salvajes que ni siquiera sabían hablar? Pues no es menos contrario á la razon y al buen sentido, el error de los que atribuyen al hombre la invencion del lenguaje.

231. De esta doctrina se sigue un corolario muy importante para aclarar la historia del linaje humano, y confirmar la verdad de nuestra santa religion. Supuesto que el hombre no ha podido inventar el lenguaje, ha debido aprenderlo de otro; y como no es posible continuar hasta lo infinito, es preciso llegar á un hombre que lo ha recibido de un ser superior. Esto confirma lo que en el principio del Génesis nos enseña Moisés, sobre la comunicacion que tuvieron nuestros primeros padre con Dios, de quien recibieron el espíritu y la palabra.

---

## GRAMÁTICA GENERAL

### FILOSOFÍA DEL LENGUAJE.

---

#### CAPÍTULO I.

##### OBJETO É IMPORTANCIA DE LA GRAMÁTICA GENERAL.

1. El lenguaje es la expresion del pensamiento por medio de las palabras; esta expresion se halla sujeta á principios comunes á todas las lenguas; el descubrir y examinar estos principios es el objeto de la gramática general, ó filosofía del lenguaje.
2. Como el habla es una cosa que se nos da hecha, su estudio debiera ser analítico, esto es, descomponiendo: llegando á encontrar lo que debe haber, después de haber visto lo que hay. En la enseñanza de esta parte de la filosofía se puede proceder también por el método sintético (V. la *Lógica*, lib. III, cap. II, sec. VI); pero conviene no perder nunca de vista que la gramática general versa sobre un hecho dado, y que por consiguiente nunca deben las teorías contrariar á la observacion.
3. La utilidad de la gramática general es mayor de lo que comunmente se cree, á juzgar por el breve espacio que se le asigna en la enseñanza. Estudiar el lenguaje es estudiar el pensamiento; el adelanto en un ramo es un adelanto en el otro: así lo trae consigo la íntima relacion de la idea con la palabra. (V. *Ideología*, capítulo XVI.)
4. Otra utilidad de la gramática general es el preparar al estudio científico de las lenguas. Estas se pueden aprender de dos modos, por rutina ó por principios; en el primer caso el trabajo es mucho mayor, y el conocimiento más incompleto: